

México: del neoliberalismo a la Cuarta Transformación

*JOB HERNÁNDEZ RODRÍGUEZ**

Las consecuencias políticas del neoliberalismo

El contundente triunfo electoral de Andrés Manuel López Obrador en las elecciones presidenciales mexicanas de 2018¹ significó el cierre definitivo de dos procesos de transformación social impulsados durante cuatro largas décadas por las élites dominantes.

En primer lugar, la reestructuración económica de orientación neoliberal, que prometió mayores niveles de desarrollo y bienestar a través de la subordinación de la economía mexicana a los circuitos internacionales del capital y del reposicionamiento del mercado como regulador eminente del metabolismo social, culminó en una dinámica de lento crecimiento, creación insuficiente de empleos, destrucción del campo mexicano, agudización de la desigualdad y empobrecimiento generalizado. Destacadamente, la eliminación de las restricciones institucionales y legales a la explotación del trabajo bajo el pretexto de su flexibilización, condujeron a una caída catastrófica de los salarios y al predominio de la informalidad y la precarización laboral. Los logros en la distribución del ingreso y en la protección social alcanzados por la clase trabajadora después de la Revolución, fueron echados por la borda. Los núcleos sociales que constituían

* Doctor en Estudios Latinoamericanos por la Universidad Nacional Autónoma de México (Unam).
E-mail: job_hernandezr@yahoo.com.mx

1 Andrés Manuel López Obrador consiguió poco más de 30 millones de votos – 53 por ciento de los emitidos – que lo convirtieron en el candidato más votado en la historia de México. La diferencia con su más cercano seguidor fue de 30 puntos. Y casi 15 millones de personas más votaron por él con respecto de 2012.

las bases fundamentales del poder político en México fueron depauperados sin misericordia, sobre todo el campesinado y la aristocracia obrera generada por los intentos de industrialización endógena. El mismo destino sufrió la clase media, que vio así bloqueadas sus esperanzas de ascender socialmente como lo había hecho en los años dorados del desarrollismo mexicano.

El paraíso prometido por la tecnocracia, que pareció alcanzarse en la primera mitad de los años noventa, durante el mandato de Carlos Salinas de Gortari, se trocó en una apabullante pesadilla. El vistoso crecimiento de las exportaciones, el papel de socio comercial eminente de los Estados Unidos y la contención eficiente de la inflación no fueron suficientes para promover un ciclo estable de crecimiento ni para dotar al proyecto de modernización neoliberal de una base de apoyo político y social. Y los magros resultados económicos se tradujeron en altos niveles de desencanto, frustración, encono, desesperanza y anomia como marcas grabadas a fuego lento sobre la piel de la sociedad mexicana. No fue gratuito que Zermeño (1996), sin sospechar que lo peor vendría después, hablara de la “sociedad derrotada” para referirse a este momento extático previo de la historia nacional. De manera sumaria, los resultados de la vinculación irrestricta a los circuitos del capitalismo mundial pueden sopesarse con un par de datos duros: durante el periodo 1982-2018 el crecimiento económico fue de dos por ciento en promedio anual y el salario mínimo perdió dos terceras partes de su poder adquisitivo (Cepal, 2014, p.51-53). Sobre este sustrato era poco lo que podía florecer en términos de prosperidad, paz, seguridad y bienestar.

De acuerdo con la narrativa neoliberal dominante, los problemas de la economía mexicana en los años setenta y ochenta surgieron por la excesiva intervención estatal, sobre todo en el ámbito de la política monetaria donde la falta de autonomía del banco central había conducido a una crisis inflacionaria mayúscula. Igualmente, una buena parte de los problemas se atribuyeron a la sobreprotección del trabajo a manos de sindicatos y gobierno, lo que pretendidamente condujo a costos laborales excesivos y desincentivos a la inversión privada. Pero a partir del llamado “error de diciembre” de 1994 ese relato comenzó a carecer de sentido. La inestabilidad, vulnerabilidad y fragilidad de la economía mexicana aparecieron en una economía abierta, de bajos salarios y con un banco central que gozaba de plena autonomía y amplio margen de maniobra para imponer una política monetaria restrictiva, completamente concordante con la ortodoxia económica del momento. La tan publicitada “estabilización” sólo fue momentánea. En realidad, como lo demostró la crisis de 2009, con la maduración del modelo neoliberal la economía mexicana se volvió más vulnerable a los choques externos y a los efectos de arrastre derivados de su extrema vinculación a la economía norteamericana.

Más exitosa para los fines del proyecto neoliberal fue la reestructuración/reconversión productiva. El abandono de la industrialización autónoma dirigida por el Estado, el progresivo asentamiento de zonas procesadoras de exportación, la decadencia de los ramos industriales tradicionales provocada por la apertura

comercial, la privatización de los activos paraestatales, la mayor presencia de las inversiones extranjeras y el predominio de la fracción monopolista del capital configuraron el rostro productivo de México. Destacadamente, la acumulación capitalista comenzó a girar en torno de nuevos ejes aglutinados en la industria de exportación dedicada a la producción de autopartes, televisores y electrónicos varios, fundamentalmente asentados en la frontera con los Estados Unidos. Para Osorio (2004) esto configuró un nuevo patrón de acumulación capitalista, de especialización productiva para la exportación, que, en el caso de México, no implicó la *reprimarización* de la economía pero sí un cambio radical del contenido y el papel de la industria en el conjunto de la economía mexicana. Además, una de las consecuencias más notables, y de mayor repercusión en el ámbito político, fue la reconfiguración interna de la burguesía y la consecuente división del bloque de poder, toda vez que los sectores vinculados al mercado interno, comprometidos con el proyecto de sustitución de importaciones e ideológicamente nacionalistas, fueron relegados en el ámbito de los negocios y francamente expulsados de las posiciones centrales al interior del aparato de Estado, que de esa manera comenzó a expresar los intereses del gran capital monopolista con cada vez mayor nitidez y exclusividad. Esta ruptura al interior de la clase dominante y la amarga disputa entre sus dos partes serán los fenómenos dominantes en la escena política mexicana desde 1988. El reagrupamiento de los derrotados y su alianza con la izquierda tradicional, a la que terminó hegemonizando, son dos fenómenos explicativos de la victoria de López Obrador en 2018.

El Estado de contrainsurgencia

Con la victoria electoral de López Obrador también se cerró el largo proceso histórico denominado “reforma democrática”, es decir, la transformación política desde arriba que inició con la reforma electoral de 1976, cuando el régimen aceptó la legalización de los partidos opositores, se inició el auto-desmantelamiento del sistema de partido único y se construyó un régimen de competencia pluripartidista.² Esta peculiar “revolución pasiva” o “transformismo” a la mexicana, pensado para evitar la caída abrupta y catastrófica del régimen autoritario, cercado por el reclamo democrático de un vasto conjunto de actores sociales, implicó la reducción paulatina y gradual de la presencia del Partido Revolucionario Institucional (PRI) al interior del aparato de Estado, sobre todo en el Poder Legislativo, pero, paradójicamente, evitó su desaparición histórica en un momento de la historia universal en que otros autoritarismos fenecieron. La oposición ganó así, esforzadamente, presidencia municipales, diputaciones y gubernaturas pero a costa de

2 Para Navarrete Vela (2019, p.XII) lo que surgió fue un “sistema de pluralismo moderado-excluyente” con predominio del PRI, PAN y PRD, vigente hasta 2015. Woldenberg, Salazar y Becerra (2005, p.63) prefieren caracterizarlo como “un Estado de partidos”, es decir, una situación en que éstos adquirieron una notable relevancia, constituyéndose en los ejes de la vida política nacional.

recortar las aristas más filosas de sus programas de cambio o pactar, en los peores casos, vergonzosas “concertaciones”.³

No obstante esta eliminación de los extremos más interesantes de la política mexicana, la transición democrática tuvo un cariz progresista vista desde el lado de los movimientos sociales, las luchas municipales, el sindicalismo y la sociedad civil. En lugar del asfixiante corporativismo se fueron generando espacios de participación ciudadana en las retículas del poder político, ejercicios democráticos en los intersticios del sistema de partidos y múltiples formas de organización colectiva que retaron con firmeza a la cultura política generada por el autoritarismo priista. Las luchas por el municipio libre al estilo de la Cocei, la insurgencia obrera contra el “charrismo” sindical, la movilización de masas impulsada por el movimiento urbano popular y las consultas/marchas zapatistas fueron momentos estelares en la genealogía de la ciudadanización y experiencias invaluablemente mediante las cuales la sociedad mexicana fue aprendiendo a opinar, organizarse, rebelarse y auto-gobernarse.

Así que el problema no fue tanto la transición a la democracia en sí misma sino su captura y traición a manos de los actores no democráticos que dieron marcha atrás a la reforma cuando vieron en peligro su proyecto económico. En ese sentido, la construcción gradual de un nuevo patrón de legitimidad en remplazo del anterior de cuño corporativo y paternalista – que daba protección a cambio de lealtad⁴ – sufrió dos golpes de muerte dirigidos a evitar el ascenso a la presidencia de dos políticos nacionalistas de la vieja guardia, lo que habría significado el abandono del proyecto económico neoliberal. En 1988, esto ocurrió contra Cuauhtémoc Cárdenas mediante una escandalosa caída del sistema de conteo de los votos que posibilitó la presidencia de Carlos Salinas de Gortari, uno de los periodos de mayor profundización del proyecto neoliberal (sobre todo porque la mayoría de los activos estatales fueron privatizados o desincorporados, a la vez que se firmó el primer Tratado de Libre Comercio con América del Norte). Y en 2006, en una nueva variante, el fraude se dio contra Andrés Manuel López Obrador a través de la imposición de un razonamiento matemático basado en una minúscula ventaja que favoreció al candidato del PAN, Felipe Calderón,⁵ desestimándose la demanda de hacer un recuento de

3 Las “concertaciones” fueron acuerdos tras bambalinas entre Carlos Salinas de Gortari y la dirigencia del PAN a través de los cuales se le reconocieron algunos triunfos electorales a este partido a cambio de reconocer la legitimidad de un Presidente surgido del fraude y apoyar el programa de reformas neoliberales. “Oposición leal” o “partido de colaboración” fueron los eufemismos para nombrar esta política inaugurada en las elecciones a Gobernador de Guanajuato en 1991 (Loeza, 1999, p.498).

4 La idea de un nuevo patrón de legitimidad la expresa Osorio (2004, p.260-261) de la siguiente manera: “De un Estado que se legitimaba primordialmente por proveer a capas asalariadas y campesinas empleos más o menos estables, salarios menos pauperizados que los actuales y ciertas prestaciones de seguridad social, salud, vivienda, etcétera, hasta la década de 1970, pasamos a otro, calificado como Estado mínimo o austero, que obtiene obediencia de la población no porque beneficia o protege a sectores asalariados sino en tanto representante de la voluntad ciudadana expresada en consultas electorales transparentes”.

5 La ventaja fue de 0.58 por ciento, equivalente a escasos 243 mil 934 votos.

los votos y abriendo cauce a un violento periodo de gobierno que inauguró la fase final del neoliberalismo en México. Con este hecho se abortó definitivamente el intento de construcción de un régimen democrático en México: la guerra contra las drogas – utilizada para recuperar la maltrecha legitimidad de la segunda presidencia panista – metió al país en una espiral de violencia incontenible que cobró cerca de 200 mil víctimas, provocó un salto espectacular de la tasa de homicidios, convirtió a los feminicidios y desapariciones en problemas nacionales de primer orden, volvió a México el país más peligroso para el ejercicio del periodismo, lanzó a las fuerzas armadas a un protagonismo inédito y configuró un virtual estado de excepción (a través de fallos de la Suprema Corte dirigidos a legalizar el uso expedito de las fuerzas armadas en tareas de seguridad pública).

Por supuesto, la violencia desahogada venía incubándose desde tiempo atrás. En esa dirección, el resurgimiento de la guerrilla a partir de 1994 propició una acelerada concentración de medios de violencia en manos del estado mexicano, expresada en el crecimiento continuo del número de efectivos, la implementación de nuevos cuerpos represivos (como la Policía Federal Preventiva, PFP), la aparición de cuerpos de élite entrenados en tácticas contrainsurgentes y la preponderancia de las instancias militares al interior del aparato estatal (como el Consejo Nacional de Seguridad Pública). En ese ambiente de creciente militarización no se careció de ejemplos deleznable de violencia extrema como las masacres de Acteal, El Charco y El Bosque. Pero lo que se vivió después careció de toda medida y fue un proceso inédito en muchos sentidos.

Por eso es necesario caracterizar con precisión este periodo. Aunque forma parte de “la larga noche neoliberal”, cuyos principales rasgos describimos antes, en realidad tiene particularidades notables que apuntan al abandono definitivo de la reforma democrática y a la instauración de un estado nacional de contrainsurgencia (1978, p.21-29) dirigido por un bloque de poder formado por la fracción monopolista del capital, las fuerzas armadas y la tecnocracia económica. Este trípode político ejerció una dominación sin compromiso alguno con las clases subalternas, en una notable involución del estado a su momento de fuerza. Como efecto colateral, además del desgaste de la legitimidad de la dominación política, se dio una profunda decadencia moral e intelectual de las clases dirigentes que se manifestó en la corrupción rampante y la transformación de los partidos políticos en meras agencias para el enriquecimiento ilícito sin ningún tipo de proyecto histórico ni distinción programática. La estación final de esta ruta fue la formación del Pacto por México, con el que se selló la alianza tácita de los tres principales partidos con el régimen contrainsurgente y neoliberal.⁶

6 Firmado en diciembre de 2012, el Pacto por México fue un acuerdo entre el PAN, PRI y PRD para aprobar un nuevo ciclo de reformas estructurales, como la energética, durante el sexenio de Enrique Peña Nieto. Significó la captura final del izquierdista PRD en las redes discursivas del neoliberalismo y el punto de ruptura de Andrés Manuel López Obrador con esta formación política, así como la

La Cuarta Transformación

Sobre la base de esta doble crisis, del proyecto neoliberal y de la transición democrática, se dio el triunfo del 2 de julio. Por supuesto, aquí también hay que incorporar elementos subjetivos en la explicación, destacadamente la redefinición de la estrategia política de AMLO a raíz del fraude de 2006, que le llevó a modificar aspectos sustanciales de su política de alianzas para conseguir una acumulación de fuerzas más efectiva. La idea general fue que era necesario incrementar el margen de votos con respecto de sus competidores y conseguir una victoria contundente que impidiera el fraude electoral y dejara fuera de toda duda el resultado. En esa dirección se amplió considerablemente el espectro de fuerza confluyentes en la llamada Cuarta Transformación mediante la incorporación de organizaciones y personajes insospechados, muchos de ellos abiertamente contrarios en los años anteriores. Esta flexibilización volvió más difuso el contorno de la 4T que se transformó, más que nunca, en un amplio frente de fuerzas variopintas y hasta contradictorias en donde encontraron cabida caciques regionales y estatales, tráns-fugas de última hora de los partidos tradicionales y personeros mediáticos de los poderosos intereses empresariales. En la víspera de las elecciones la alineación incluía, aunque fuera momentáneamente y de forma por demás oportunista, a las principales televisoras, otrora defensoras a ultranza del PRI y del neoliberalismo. Conocedor profundo de la política mexicana, López Obrador actuó de esta manera a sabiendas de que las elecciones se ganan no tanto apelando en abstracto a los ciudadanos sino estableciendo pactos con los “hombres fuertes” que controlan masas considerables de votantes en los sindicatos, colonias populares, ejidos, asociaciones civiles, municipios etc.

Paco Ignacio Taibo II, uno de los más destacados intelectuales de la Cuarta Transformación, definió esta estrategia como “ganar votos por la derecha”, lo que acentuó la condición de partido *catch all* que tiene Morena desde su fundación. Esto vale también por el lado de la izquierda porque también ahí se atrajo el voto mediante pactos y alianzas basados en la resolución de las demandas enarboladas por los movimientos sociales. Fue el caso del magisterio democrático que dio su apoyo a cambio de la promesa de derogación de la reforma educativa de Peña Nieto, cuya garantía de cumplimiento fue una cuota considerable de curules en la Cámara de Diputados para los líderes magisteriales. Otro ejemplo fue el de los ejidatarios de San Salvador Atenco, que sellaron una alianza tácita con el Presidente a cambio de la cancelación del Aeropuerto de Texcoco que amenazaba sus tierras desde tiempos de Vicente Fox.

Esta flexibilización del programa para atraer a un espectro más amplio de actores políticos se acompañó de una exitosa estrategia de medios dirigida a generar

decisión de fundar el Movimiento de Regeneración Nacional (Morena) que le llevaría finalmente a la presidencia.

una mayor popularidad hacia AMLO en las redes sociales (Esteinou, 2019). Pero fue el primer elemento el fundamental. Sin la inclinación de los “factores reales de poder”, difícilmente se explicaría la arrasadora cantidad de votos lograda por Morena en 2018. Y si bien todo esto allanó la victoria electoral, también generó un conjunto de dificultades para conseguir el avance del proceso de transformación a la velocidad deseada por los sectores más avanzados de la coalición gobernante, que se vieron así lastrados desde dentro de sus propias filas en casi todas las reformas impulsadas. Como es habitual en estos casos, se generó el empantanamiento de un proceso que intenta darle satisfacción por igual a intereses muy dispares y que utiliza al Poder Ejecutivo como mediador del conflicto y juez de última instancia.

Una revisión de los datos de la elección aporta otro elemento que abona en la misma dirección. Como el propio Presidente lo reconoce, en 2018, a diferencia de las anteriores ocasiones, una buena porción de la clase media votó por Morena. (Torre Blanca et al., 2018). Esto como resultado del desencanto de dicha clase con los resultados económicos del neoliberalismo, que implicaron su pauperización progresiva desde los años ochenta. También por las medidas económicas draconianas como el “gasolinazo” dirigidas a pasarle la factura de la crisis durante el sexenio de Peña Nieto. También debido a la preocupación de estos segmentos por el deterioro de la paz social y su desencanto con el sistema de partidos políticos que sustituyó al antiguo autoritarismo priista. Para captar este descontento, López Obrador moderó su discurso: enfatizó la necesidad de la reconciliación nacional y la negociación entre intereses encontrados, destacando la necesidad perentoria de la paz, lo que expresó de manera jocosa en la frase “abrazos, no balazos”.

Superando las explicaciones que cargan un peso excesivo sobre el factor subjetivo – en este caso sobre el carácter del personaje llamado AMLO – podemos decir que las dubitaciones y contradicciones de la Cuarta Transformación no provienen de quien la encabeza sino de la naturaleza de su base votante en 2018 hegemonizada por la clase media. El Presidente solo encarna o es la expresión de esta composición socio-clasista. Esto no significa que en la 4T no existan sectores populares o que numéricamente no tengan peso los más desfavorecidos. Incluso, retórica y programáticamente son prioritarios, lo que se refleja en la consigna “Por el bien de todos, primero los pobres”, acuñada en los tiempos en que AMLO fue Jefe de Gobierno de la Ciudad de México. Pero la visión del mundo que aun predomina en la Cuarta Transformación es la propia de la clase media –o de la pequeña burguesía, dicho con más precisión. Esto significa que está fuertemente determinada por una forma de conciencia que cree a pie juntillas en el cambio gradual y constreñido a las instituciones propias de la democracia representativa.⁷ Más importante aún, este fetichismo o respeto absoluto por el Estado se acompaña

⁷ Por ejemplo, para Martí Batres (2019, p.19), hombre de primera línea en el régimen de la 4T, el objetivo es impulsar reformas progresistas que susciten “transformaciones graduales, pero continuas”.

de un comportamiento político oscilante y contradictorio, jalonado entre aspectos progresistas y otros conservadores que confluyen en torno de la figura presidencial y el programa de transformación de las instituciones.

En medio de este comportamiento oscilante, el aspecto progresista y que le da contenido al conjunto del proceso es su carácter redistributivo. Mediante la recaptura de la renta petrolera, el combate a la corrupción, el cobro inflexible de impuestos a los grandes contribuyentes y la política de austeridad, se han podido obtener recursos para diseminar apoyos estatales a un conjunto considerable de mexicanos, específicamente adultos mayores, discapacitados, estudiantes y jóvenes que ingresan al mercado laboral. Estos subsidios fueron elevados a rango constitucional con la finalidad de blindarlos de mejor manera ante cualquier viraje político, lo que alienta el optimismo del Presidente, que considera irreversible el proceso de cambio y establecidas sus bases fundamentales porque se cuenta con el apoyo de los más pobres. Sin embargo, a decir verdad, este es un territorio todavía en disputa. La reconversión de la base socio-clasista de la Cuarta Transformación y el aseguramiento del apoyo popular no están garantizados a futuro, pero le son absolutamente indispensables para evitar que se convierta en una más de las transformaciones inconclusas de México, como ciertamente lo fueron la lucha de Independencia, la Reforma liberal y la Revolución de 1910.

Referencias bibliográficas

- BATRES, M. *El poder legislativo y la 4a Transformación. Primer año*. México: Edición propia, 2019.
- CEPAL. *Pactos para la igualdad. Hacia un futuro sostenible*. Santiago de Chile: Cepal, 2014.
- ESTEINOU, J. Las elecciones de 2018 y el triunfo de AMLO/Morena. *Argumentos*, Issue 89, 2019, p.13-28.
- LOAEZA, S. *El Partido Acción Nacional: la larga marcha, 1939-1994. Oposición Leal y partido de protesta*. México: FCE, 1999.
- MARINI, R. M. Estado de contrainsurgencia. *Cuadernos Políticos*, Issue 18, 1978
- NAVARRETE Vela, J. P. *Morena en el sistema de partidos en México, 2012-2018*. Toluca: IEEM, 2019.
- NUÑEZ, V. ¿Qué tan marxista y anticapitalista es el gobierno de AMLO?. In: V. Nuñez, ed. *La economía de la 4a Transformación*. México: Juan Pablos Editor, 2021, p.121-139.
- OSORIO, J. *Crítica de la economía vulgar. Reproducción del capital y dependencia*. México: UAZ/M. A. Porrúa, 2004.
- TORRE BLANCA, C.; Muñoz, M.; Merino, J. *¿Cómo ganó AMLO? Breve historia gráfica de la migración electoral más grande en la historia de México*, 2018. Disponible en: <<https://datos.nexos.com.mx/>>. Último acceso: 25 febrero 2022.
- WOLDENBERG, J.; SALAZAR, P.; BECERRA, R. *La mecánica del cambio político en México*. México: Cal y Arena, 2005.
- ZERMEÑO, S. *La sociedad derrotada. El desorden mexicano de fin de siglo*. México: Siglo XXI, 1996.

Resumen

El artículo enlaza los elementos económicos y políticos del contexto en que ocurrió el triunfo de Andrés Manuel López Obrador (AMLO) en México. Asimismo, discute las causas de esta victoria electoral y la naturaleza de la llamada “Cuarta Transformación”. Con ello entra de lleno en el debate teórico y político que hoy anima a los mexicanos: ¿cuál es la naturaleza del gobierno que encabeza AMLO?

Palabras clave: Neoliberalismo, reforma democrática, Estado de Contrainsurgencia, Cuarta Transformación.

Abstract

The article links the economic and political elements of the context in which the triumph of Andrés Manuel López Obrador (AMLO) occurred in Mexico. It also discusses the causes of this electoral victory and the nature of the so-called “Fourth Transformation”. In doing so, it enters fully into the theoretical and political debate that is currently animating Mexicans: what is the nature of the government headed by AMLO?

Keywords: Neoliberalism, democratic reform, Counterinsurgency State, Fourth Transformation.

CONSULTE A BIBLIOTECA VIRTUAL DA *CRÍTICA MARXISTA*

<http://www.ifch.unicamp.br/criticamarxista>

CRÍTICA marxista

EDIÇÃO COMEMORATIVA

